

# La Gran aventura por de Lolita Santiago Arellano Iturria.



**D**OLORES Oliver, o simplemente Lolita, como todos la llamaban, era no ha muchos años la más linda bailarina en uno de los principales cabarets manileños. A diferencia de sus compañeras de profesión, esclavas sempiternas del lujo, del *rimel*, los perfumes y demás artifiugios que, para realizar unas su pecadora belleza y para disimular otras su fealdad, utilizaban, lucía su hermosura como Dios se la dió: limpia de afeites, armoniosa de formas, móbida de carnes, fina, flexible y casta. "Rara avis" esta última cualidad entre las antiguas y modernas sacerdotisas de Terpsicore, hacía converger en Lolita la curiosidad y admiración de los danzarines, que se asombraban de ver aquella perla caída en semejante cenagal, aquella flor de lis floreciendo entre los abrojos y ortigas de todas las tentaciones. Obvio es decir que jamás le faltaba pareja en los innumerables valeses y *foxtrots* con que la taifa alegre y bullanguera de nocherniegos danzantes entretenía las nocturnas horas, aligerándose de paso los bolsillos y desentumeciendo las piernas retozonas.

Y era justa la atracción que, sin coquetearías de mal género, ejercía Lolita sobre los asiduos concurrentes al salón de baile. Sus diez y ocho años habían reunido en su rozagante persona todos los hechizos de la nubilidad femenina. El óvalo de su semblante, de tez entre blanca y morena, color exquisito de biscuit, propio de las mestizas de español y filipina, entronque de razas al que ella debía el sér y la hermosura, servía de fondo a unos ojos rasgados de un negro azabache, a unos labios gordezuelos, panal de besos inviolado, a una nariz graciosa y correcta, ni grande ni pequeña. Su frente convexa, despejada y noble, quedaba semioculta de un lado por una onda de su rizosa melenita de negror de ébano, partida en dos crenchas por una raya sobre el parietal izquierdo, al uso masculino. Pero el conjunto del rostro, con ser perfecto, no lo era tanto como el resto del cuerpo, esbelto y ágil, cuerpo de vestal o de canéfora, de hurí o de bayadera, ideal para la expresión plástica del ritmo de la música. ¡Qué cuello tan egregio! ¡Qué busto y talle tan eurítmicos! ¡Qué compendio de perfecciones tan admirable!



BCDA GOIRI-COS.—Los novios, Srta. Paçita Goiri y el Sr. Guillermo Cos, con sus padrinos, Sra. Josefina de Pando, hermana de la novia y el Sr. M. Hernandez, Jefe de la Compañía Gral. de Tabacos.  
Foto "Excelsior" (Ovejas)

El primer aviador filipino  
ha empleado los aceites y la gasolina  
**SOCONY**  
en su vuelo Manila-Aparri-Manila

*La carta del Capitán Calvo a la "Standard Oil Co. of New York" es como sigue:*

MANILA, I. F.,  
Abril 18, 1929.

Sres. STANDARD OIL CO OF NEW YORK,  
Manila, I. F.

SEÑORES:

Como ustedes saben, en el vuelo que acabo de realizar en mi aeroplano de trece años de existencia, he usado exclusivamente los aceites para motor y la gasolina SOCONY. Para un aviador es de vida o muerte el funcionamiento adecuado de su aparato, y por esto solo emplea el combustible y lubricante que juzga los mejores en plaza.

Con excepción del ligero accidente que me obligó a aterrizar poco después de haber emprendido mi viaje de regreso, y de las condiciones atmosféricas desfavorables, hice el vuelo sin ninguna dificultad. Esta buena suerte la atribuyo, en gran parte, al uso de su gasolina y aceites.

(Fdo.) JUAN CALVO,  
Aviador.

*Esta carta del Capitán Calvo es un TRIBUTO a la excelencia de los aceites para motor y gasolina*

**SOCONY**



I

Físicamente, pues, era un dechado; moralmente, ya lo hemos dicho antes, permanecía pura; pura como las nieves, como los lirios, como las aurás. Dos años llevaba en aquel oficio liviano y peligroso, y aún parecía estar por nacer el mortal que conociera los cimientos de su virtud. A todos trataba por igual; a todos rendía el obligado y mercenario tributo de sus sonrisas carmesíes; pero mientras sus labios sonreían, el rasero impalpable de sus miradas, un tanto enigmáticas, medía indistintamente a todos sus admiradores con la misma afable indiferencia. Y como nada concita y estimula de consuno el resque-  
mor y los deseos del hombre tanto como lo inasequible y lo inexpugnable, contábase por docenas los a la par enemigos y enamorados de la incommovible beldad. Aquellos libertinos, acostumbrados a la piratería amorosa de fáciles abordajes; habituados a la conquista de mediocres hembras de cabeza huera y pignorable corazón, sin otro ensueño ni ilusión en el alma que los faralae-

del último vestido de moda, las medias más diáfanas, los zapatitos más vistosos y las alhajas de más oroplesco fulgor; aquellos tenorios, repito, no podían tragar ni digerir el despecho de verse preteridos y despreciados: por lo que, con la intención maligna del hampón que pasea sus hambres y harapos a la puerta de un Banco cerrado para él, deseaban que llegase cualquiera que tuviese avilantez o habilidad suficientes para rendir, robar y mancillar aquel tesoro de virtudes incomprensibles, derribando a su poseedora de su encumbrado pedestal. Porque, es lo que decían: "La que nace para monja que no entre en un cabaret".

Lolita, cuando alguna amiga le contaba estas cosas, se reía de aquellos tartufos. Y hacía bien. Pronto veremos hasta qué grado era insensible a los dardos amorosos la zaherida jóven y a qué obedecía su honestidad.

II

Una hermosa mañana de octubre, en tanto la bahía de Manila, mansa y leda, espejeaba en sus tranquilas aguas la azulada diafanidad del espacio en el que, al modo de rutilante camafeo, resplandecía el maravilloso sol de Oreinte, atracaba al pier número cinco el Correo Español, en cuyos mástiles ondeaba la gloriosa bandera roja y gualda, tan conocida antaño en estas islas y hogaño



contemplada por las modernas generacionse filipinas como algo exótico y extraño. "Sic tránsito gloria mundi", honrosa enseña, podríamos decir al verla; y algo de más envidia engarzaríamos en el deleznable hilo de nuestro precario discurso si la ocasión lo permitiera.

(Se continuará)